

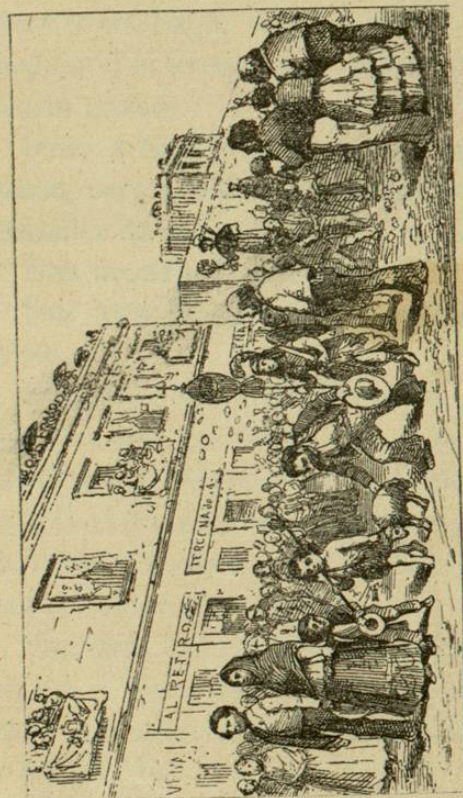
tacæli, San Angel, Merced de las Huertas, San Juanico, San Pablo, San Ramón y los padres dominicos.

En lugar preferente, y ya cerca de la Ilustre Archicofradía y de la comunidad iba San Juan Bautista.

Este era un niño muy hermoso, muy blanco y muy gordo, desnudo y muy güero, muy rizado y medio cubierto solamente con una piel de borrego, blanca como el armiño.

Llevaba una cruz dorada con el lema *ecce agnus dei* é iba conduciendo con un cordón de seda al Cordero Pascual.

Pero como en la raza lanar de aquí (y con total exclusión del sagrado símbolo) no estén arraigadas ciertas costumbres piadosas, al borrego de San Juan había que obligarlo mal de su grado, á andar en la procesión conservando, hasta donde es posible en un borrego, la circunspección debida.



Chucho el Niño en la procesión.

De esta circunspección estaba encargado un criado, que en todo la carrera, y era larga, tenía la misión de empujar á la irrespetuosa oveja por el cuarto trasero.

Junto á San Juan Bautista, iba su mamá, pero vestida y gozándose en la desnudez de su santo.

Esta mamá feliz, era Elena.

San Juan Bautista, era Chucho el Ninfo.

Elena, que había gozado tanto con tener un hijo tan lindo, que lo había contemplado absorta vestido de china, lo veía ahora con verdadero transporte vestido, (si por traje se entiende una salea) de San Juan Bautista.

Escusado es decir que el San Juanito, era el que más llamaba la atención en la procesión; ¡era un niño tan blanco y tan güerito!

Traía el estandarte de la órden un

padre caracterizado, y las borlas que pendían del estandarte, eran sostenidas por el secretario y otra persona de distinción.

Venían luego los hermanos de la Archicofradía, con casaquín blanco y azul: entre los hermanos figuraba don Pedro María.

Era este señor un poco calvo, y en días de procesión doña Rosario su mujer lo peinaba con pegajosa bandolina para que el viento no despeinase á don Pedro, y perdiera con un enmarañamiento grotesco su compostura, y con ella su unción piadosa.

Llevaba D. Pedro un grande corbatín, chaleco blanco de piqué, un gran prendedor de diamantes tablas, en la aletilla de la camisa, una corta cadena con sellos de topacio en el reloj que salía bajo la extremidad del chaleco. Vestía un frac negro, exhumado hacía

pocos días de la cómoda y puesto en exhibición algunas horas, para que abandonara el tufo de alcanfor, que es contra la polilla; y el día 24 en fin, el frac había sido cepillado por doña Rosario en persona, con un cepillo humedecido con agua de Colonia.

La bota de D. Pedro, era nueva y un tanto opaca porque según el criado dijo, no había querido cojer la bola.

Llevaba D. Pedro María colgado al cuello, su gran escapulario bordado de oro; en la mano izquierda un mosqueador de papel de dos colores, y en la derecha una vela de cera de á media libra, con una arandela de plata, que D. Pedro María tomaba empuñándola á la vez que una gran mascada de la India, flamante y abigarrada.

Seguía la comunidad de mercedarios, en la que sobresalían uno muy alto y tres con altos y negros copetes en el *cerquillo*.

En seguida venía el gran pálio, conducido por ocho hermanos y bajo el cual marchaba el sacerdote revestido, conduciendo al Divinísimo, y después en unas enormes andas, cargadas por treinta y dos cargadores, la milagrosa imagen de la Virgen de la Merced, ostentando un riquísimo manto azul bordado de oro y perlas.

La imagen llevaba el cabello suelto, aunque á juzgar por el traje y la corona, estaba vestida de gran lujo. La caballera tardó bien poco en desaparecer, bajo una capa de flores deshojadas y obleas, que le habían echado adrede desde las azoteas, que estaban coronadas de gente. Preparadas millares de personas con pañuelos llenos de flores, y pendientes de un cordel por un ángulo los arrojaban con fuerza tirando en seguida del cordel, de manera que figurase un petardo que poblara el aire con una lluvia de flores.

Esta operación repetida cincuenta veces en un corto trecho, llegaba á nublar el aire, á interceptar la luz, á oscurecer la calle en pleno día.

Detrás de la Virgen, venía una música militar y en seguida un batallón vestido de gala y marchando al paso regular con arma al hombro: después de la tropa y á los lados de la columna caminaban más de dos mil curiosos.

Pasaba la procesión y no por esto se acababa la diversión en las calles de la Merced, pues que para prolongar los regocijos, los panaderos se entretenían en arrojar, desde las azoteas, tortas de pan al pueblo, que se amotinaba ostentando una hambre que no tenía; pero que á pan tirado nunca le hizo gesto, y menos en días de atragantarse á la divino.

En los balcones de la casa de don Pedro María, permanecían Mercedes,

Angelita, Pablito, Cárlos y otras personas, gozando también con el compacto grupo de curiosos devotos, que cogían al vuelo los sonetos impresos del Sr. D. Pedro María, que á pausas y poco á poco salían de las manos de las niñas.



CAPÍTULO V.

La sobremesa del chocolate en la casa de
D. Pedro María.

APENAS comenzó á oscurecer, el comedor de D. Pedro María tomó un nuevo aspecto: sobre blanquísimos manteles de alemanisco se levantaban de trecho en trecho platones con bizcochos calientes de la bizcochería de Puerto, grandes fuentes y platones de cocada, antes, cubiletes y pastas de almendra, diáfanos garrafones con agua filtrada, vasos muy limpios y cubiertos relucientes, todo alumbrado con dos candelabros con velas de esperma.